

GÉNERO Y ANTIFASCISMO EN ESPAÑA, DE LA IIª REPÚBLICA A LA GUERRA FRÍA (1931-1950)

Mercedes Yusta Rodrigo¹

Resumen

La presente contribución se propone mostrar la pertinencia de un análisis de género del antifascismo, así como poner de relieve la aportación de las mujeres a la configuración de una cultura política antifascista. En la España de los años 30, el antifascismo femenino se configuró como una cultura o subcultura política específica en el seno de la matriz ideológica y discursiva del antifascismo. A través de transferencias y circulaciones entre diferentes organizaciones, las mujeres que finalmente militaron en el antifascismo aportaron a esta cultura política herencias no siempre reivindicadas, en particular provenientes del feminismo, como el pacifismo o incluso el maternalismo. Concretamente, la estrategia del maternalismo les permitió atraer al antifascismo a numerosas mujeres y también legitimar su acción política en el espacio público. Pero la resistencia a integrar la crítica feminista al orden de género en el antifascismo dio también lugar a tensiones entre diferentes modelos de "feminidad antifascista" durante los años treinta. En fin, las transformaciones discursivas del antifascismo femenino en el exilio marcaron el definitivo abandono de la herencia feminista, de la que sólo se conservó el maternalismo que justificaba la acción política femenina, en un contexto de inicio de la guerra fría en el que las mujeres antifascistas tomaron partido de forma decidida por la defensa de la Unión Soviética.

Palabras clave: Género – Antifascism – Mujeres – España - Segunda República - Guerra Civil – Exilio - Guerra Fría.

Abstract

This contribution aims to show the relevance of gender analysis of anti-fascism, as well as highlighting the contribution of women to the configuration of a fascist political culture. In the Spain of the 30s, female antifascism was configured as a specific culture or political subculture within the ideological and discursive matrix of anti-fascism. Through transfers and circulations between different organizations, women who fought in anti-fascism eventually contributed to this political culture heritages not always claimed, particularly from feminism, pacifism or even mothering. Specifically, the strategy of mothering allowed antifascism attract many women and legitimize their political action in public space. But resistance to integrate feminist critique of gender order in the antifascism also led to tensions between different models of "fascist femininity" in the thirties. Finally, the discursive transformations of female antifascism in exile marked the definitive abandonment of feminist heritage, of which only maternalismo justifying women's political action in the context of the start of the Cold War was preserved in women antifascist sided decisively to defend the Soviet Union.

Key words: Gender – Antifascism – Women - Spain - Second Republic - Civil War – Exile - Cold War.

Recibido: 13-03-2014.

Aceptado: 15-07-2014.

¹ Université Paris 8 – Institut Universitaire de France

Introducción

Es indudable que España, en particular la guerra civil de 1936-1939, ocupa un lugar central en la conformación de un movimiento y una cultura antifascistas en la Europa de Entreguerras e incluso en el mundo. Sin embargo, de forma paradójica, la historiografía española apenas se ha interesado por el antifascismo como cultura política autónoma² y por su conformación en España como movimiento de masas durante los años de la Segunda República (1931-1939). Sin duda, por una parte su heterogeneidad ideológica y política dificulta su construcción como objeto historiográfico: como todos los movimientos “anti”, el antifascismo se define sobre todo en función de su contrario, el fascismo, y de las formas diferentes en que las diversas organizaciones políticas que reclamaron la etiqueta antifascista interpretaban a este enemigo común. Por otra parte, la estrecha asociación del antifascismo con la cultura política comunista, así como la utilización por el Comintern de la estrategia y el discurso antifascistas, han llevado a menudo a la tentación de, siguiendo la estela de autores como Annie Kriegel o François Furet, considerar éste únicamente como una ideología instrumentalizada por los partidos comunistas nacionales y por el Comintern para defender los intereses internacionales de la Unión Soviética.³ En fin, en el caso español, la historiografía ha parecido más interesada en describir y explicar los factores de división y enfrentamiento del campo republicano, que *in fine* habrían llevado a la derrota en la guerra civil, que en trazar los denominadores comunes que recorrían todo el espectro de la izquierda española, de los republicanos a los anarquistas, y que permiten explicar la “unidad antifascista” de 1936 no como una reacción más o menos artificial al golpe de Estado contra la República, sino como el fruto de una cultura y de unas experiencias compartidas por una gran parte de la izquierda de los años 30, si bien las líneas de fractura también eran bien reales.⁴

Todavía menos interés ha suscitado la existencia, en el seno del antifascismo, de un movimiento de masas femenino antifascista de carácter transnacional. Si la acción de las mujeres antifascistas durante la guerra civil es relativamente bien conocida, en particular gracias a los trabajos de Mary Nash⁵, mucho menos lo es el origen y el desarrollo inicial de este movimiento femenino de masas, probablemente el primero en España en poder ser caracterizado como una forma de movilización “moderna” específicamente dirigida a las mujeres – aunque este puesto le sea disputado por las formas de movilización desarrolladas por las mujeres católicas, encuadradas en la Acción Católica de la Mujer, ya desde los años 20.⁶ En todo caso, es significativo que el

² Utilizamos « cultura política » en la acepción definida por Serge Berstein, como el conjunto de creencias, valores, ritos, símbolos, prácticas, visiones del mundo que comparten los miembros de una misma familia política. Se trata pues de una cultura (en su sentido más amplio, como cosmovisión o clave de interpretación del mundo tanto como repertorio de acción) compartida por un colectivo que puede ser infranacional o, como en el caso del antifascismo, supranacional o transnacional (pero en general no nacional, puesto que una cultura política « nacional » implicaría una homogeneidad ideológica raramente observable en el conjunto de una comunidad nacional). Ver Serge Berstein, *Les cultures politiques en France*, Paris, Seuil, 2003, y “L'historien et la culture politique », *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, 1992, p. 67-77.

³ François Furet, *Le passé d'une illusion: essai sur l'idée communiste au XXe siècle*. Paris, Robert Laffont/Calmann Lévy, 1995.

⁴ Algunos autores españoles, como Ferrán Gallego o Hugo García, han adoptado el modelo de estudio del antifascismo como cultura política que propugnamos en este trabajo. Ver Ferrán Gallego, *Barcelona, 1937: la crisis del antifascismo en Cataluña*. Barcelona, Debate, 2007, y Hugo García, “La republica de las pequeñas diferencias. Cultura(s) política(s) de izquierda y antifascismo(s) en España, 1931-1939”, en *Historia de las culturas políticas en España y América Latina* (volumen IV), dirigido por Ismael Saz y Manuel Pérez Ledesma, en prensa. Para una definición general del antifascismo como cultura política ver Bruno Groppo, “El antifascismo en la cultura política comunista”, en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi, Horacio Crespo (coords.): *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México, UNAM, 2007, pp. 93-117.

⁵ En particular Mary Nash, *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*. Madrid, Taurus, 1999. Ver también Mary Nash, *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*. Barcelona, Editorial Fontamara, 1981.

⁶ Inmaculada Blasco, “Feminismo católico”, en *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol. IV: Del siglo XX a los albores del XXI*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 55-75.

movimiento antifascista fuese el primero en superar la tradicional reticencia de la izquierda hacia la movilización política femenina (recordemos que las principales oposiciones al voto de las mujeres españolas en las discusiones constituyentes de 1931 vinieron de republicanos y radicales) y las incitase explícitamente a una ocupación tanto física como simbólica del espacio político, desarrollando además estrategias marcadas por un sesgo de género, como el recurso a un discurso maternalista⁷ para incitar a las mujeres a intervenir en el espacio público y, a partir del golpe de Estado, en el esfuerzo bélico. Es cierto que el maternalismo, o de forma más amplia la apelación a tradicionales virtudes femeninas como argumento de movilización de las mujeres no es una novedad en las culturas políticas progresistas españolas, sino que ya se detecta en las apelaciones hechas a la participación política de las mujeres desde el liberalismo o incluso el republicanismo, y ello desde la primera mitad del siglo XIX.⁸ La novedad reside no tanto en el tipo de discurso, sino en la propia demanda de una ocupación explícita del espacio político por parte de las mujeres como colectivo organizado: en este caso el discurso maternalista, que además no es generado por una élite masculina dirigente sino por las propias mujeres líderes del movimiento, se convierte en una estrategia de empoderamiento.

El presente trabajo parte de estas dos carencias de la historiografía española para plantear el nacimiento y desarrollo de un movimiento femenino antifascista puesto en marcha y auspiciado desde el PCE en la España de la Segunda República y su posterior evolución durante la guerra civil y los primeros años del exilio republicano de la posguerra. Mi hipótesis de partida es, en primer lugar, que el antifascismo puede ser considerado como una cultura política capaz de federar diferentes tendencias de la izquierda española durante los años de la República; y en segundo lugar, que esta cultura política puede ser analizada en términos de género a partir de los discursos y formas de movilización específicos que dicha cultura empleó en dirección de las mujeres. No obviamos, por supuesto, el papel fundamental que el Partido Comunista de España tuvo en la organización de este movimiento antifascista, puesto que éste fue el árbitro de la organización del antifascismo e influyó de forma decisiva en las formas organizativas y estrategias que adoptó. Sin embargo, nos parece importante señalar que, antes de que los acontecimientos (la insurrección de 1934 y, sobre todo, el golpe de Estado de 1936) polarizaran la izquierda española y acentuaran sus fracturas, el antifascismo femenino se presentó como una cultura política federadora, capaz de acoger a mujeres procedentes de horizontes ideológicos diversos y, además, de recoger las reivindicaciones y la herencia del feminismo.

⁷ Entendemos aquí maternalismo de forma ligeramente diferente a su empleo en América Latina, como una puesta en valor de las virtudes tradicionalmente asociadas a la capacidad maternal de las mujeres y su empleo como herramienta discursiva para obtener espacios de influencia social y política para el colectivo femenino. Acerca de la tradición maternalista y pacifista en el feminismo, ver Nitzá Berkovitch, *From Motherhood to Citizenship. Women's Rights and International Organizations*, The John Hopkins University Press, Baltimore & London, 1999.

⁸ Monica Burguera, *Las damas del liberalismo respetable*, Madrid, Catedra, 2012; Ana Aguado, "Cultura socialista, ciudadanía y feminismo en la España de los años veinte y treinta", *Historia Social*, nº 67, 2010, pp. 131-153.

La creación de una organización de mujeres antifascistas

Movilización femenina en los albores de la Segunda República (1931-1939): pacifismo, movimiento obrero, feminismo

En la Europa de entreguerras, España representa una excepción. En el momento en que en la mayoría de países del continente se asistía al ascenso de fuerzas políticas de extrema derecha e incluso a la implantación de regímenes marcadamente autoritarios o fascistas, el 14 de abril de 1931 España accedía a la democracia a través de una revolución incruenta: en efecto, la II República constituye el primer régimen realmente democrático de la historia de España. Una de las razones para considerarlo así es que, por primera vez en su historia, las mujeres españolas vieron reconocidos sus derechos de ciudadanía: la Constitución republicana de 1931 proclamaba la igualdad entre los sexos y en particular, en su artículo 23, la igualdad de derechos electorales de hombres y mujeres. De hecho, en virtud de la ley electoral aplicada en las elecciones a las Cortes constituyentes de 1931, que databa del periodo de la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930), ya habían sido elegidas tres diputadas, Clara Campoamor, Victoria Kent y Margarita Nelken. De ellas, sólo Clara Campoamor, del Partido Republicano Radical, defendió el voto femenino: sus colegas, la socialista Margarita Nelken y la radical-socialista Victoria Kent, consideraban que las mujeres españolas carecían todavía de la madurez política suficiente y temían la influencia negativa que la Iglesia podría ejercer sobre sus votos. Esta nueva condición política de las mujeres españolas provocó una efervescencia de actividad, la creación de numerosas asociaciones femeninas de carácter cívico o marcadamente político, y una inédita visibilidad de las mujeres en el espacio público. Es en este ambiente en el que prendió la llama del antifascismo como cultura política movilizadora. El antifascismo actuó así como catalizador de la actividad política de mujeres procedentes de horizontes ideológicos diversos.

El trabajo de creación de una conciencia política entre las mujeres no comenzó en 1931, sino que desde finales del siglo XIX se puede detectar la presencia de varias corrientes de pensamiento feminista en España, que se concretan en la creación de colectivos, al comienzo muy minoritarios, y la publicación de órganos de prensa. Algunos de estos colectivos estaban conectados a corrientes librepensadoras, laicas y pacifistas, relacionadas con la masonería y con prácticas alternativas como la teosofía y el espiritismo. Este feminismo librepensador y laico estaba muy influenciado por la Institución Libre de Enseñanza, institución de renovación pedagógica creada en 1876 por un grupo de catedráticos librepensadores apartados de sus cátedras, que formaría a la élite intelectual progresista del primer tercio del siglo XX. Excepcionalmente pudo producirse en este tipo de colectivos la alianza entre mujeres anarquistas e intelectuales feministas de clase media relacionadas con la masonería, como en el seno de la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona, creada en 1891 y que algunos consideran la primera organización feminista del Estado español.⁹ Otras son representantes de un feminismo conservador y nacionalista, que consiguió el *tour de force* de combinar una discreta práctica católica con la defensa de los derechos de la mujer, en la línea del pensamiento de la fundadora del feminismo español, Concepción Arenal. A partir de los años 10 aparece también un movimiento sufragista que, si bien más tímido que en otros países europeos, también consiguió movilizar a miles de mujeres, en particular la organización “Cruzada de Mujeres Españolas”,

⁹ Pedro Sánchez Ferre, “Mujer, feminismo y masonería en la Cataluña urbana de la Restauración”, *Masonería, política y sociedad* / coord. por José Antonio Ferrer Benimeli, Vol. 2, 1989, pp. 929-946.

fundada por la periodista y escritora Carmen de Burgos en 1921. Y finalmente, desde el movimiento obrero también aparecieron a principios del siglo XX personalidades abiertamente feministas, como las socialistas María Cambrils y Virginia González o la anarquista Teresa Claramunt.

Las distintas tendencias del feminismo “burgués” (las mujeres del movimiento obrero se movían en otros círculos) convergieron en la España de entreguerras en la formación de grandes organizaciones feministas, como la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME), creada en 1918, o el Consejo Supremo Feminista, en 1919. También se puede rastrear desde esta época la aparición en las grandes ciudades, principalmente en Madrid, de una élite femenina intelectual y progresista cuyo lugar de reunión por excelencia fue el Lyceum Club Femenino, creado en Madrid en 1926, durante la dictadura de Primo de Rivera, para canalizar las inquietudes políticas y culturales de mujeres de la burguesía intelectual, republicanas y feministas. En los años de la República se veía a las mujeres del Lyceum Club (las hermanas Nelken, Clara Campoamor, Victoria Kent, María Lejárraga, entre otras) ocupar cargos políticos y participar en la puesta en marcha de diferentes asociaciones femeninas, y también participar en los inicios del movimiento antifascista femenino.¹⁰

Todavía no sabemos lo suficiente acerca de las redes que vinculaban estas corrientes feministas, y en particular el feminismo librepensador, republicano y laico del cambio de siglo, con el antifascismo de los años treinta. Sin embargo, rastreando los lazos amistosos y familiares de las mujeres feministas y antifascistas encontramos indudables conexiones. Feministas españolas como las hermanas Carvia, Belén Sárraga, Rosario de Acuña o Julia Álvarez, estudiadas por Dolores Ramos, participaron en organizaciones y movimientos internacionales que unían el feminismo y el pacifismo y que desarrollaron un discurso de movilización a favor de la emancipación femenina, pero también en defensa de otros colectivos oprimidos y, de forma muy importante, en defensa de la paz, gran tema del feminismo liberal de la llamada “primera ola” y estrechamente relacionado con las reivindicaciones sufragistas, como han demostrado los trabajos de Karen Offen o Christine Bard.¹¹ Muchas de estas organizaciones, en particular las pacifistas como la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (fundada en 1915), argumentaban su movilización en las virtudes femeninas y maternas de las mujeres (frente al “Estado minotauro” masculino, devorador de los débiles), en una “ética del cuidado” que reencontraremos, aunque transformada en discurso orientado a la movilización combativa, en el antifascismo femenino. Y a través de este discurso que unía la liberación femenina a la de otros colectivos oprimidos se operó además el acercamiento entre mujeres de la burguesía intelectual representantes del feminismo con mujeres del movimiento obrero, como en el seno de la Sociedad Progresiva de Mujeres, creada en 1898 como prolongación de la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona y que reunió a mujeres feministas masonas con anarquistas, una asociación que prefiguraba las alianzas que se dieron en el seno del antifascismo.¹² Figuras señeras del feminismo de entresiglos, como Belén Sárraga, aparecerán en los albores de la organización femenina antifascista amadrinando la nueva organización femenina, que se

¹⁰ Concha Fagoaga, *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España, 1877-1931*. Barcelona, Icaria, 1985; Géraldine Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*. Madrid, Akal, 1986 (1ª edición, 1976).

¹¹ Christine Bard, *Les filles de Marianne. Histoire des féminismes, 1914-1940*, Paris, Fayard, 1995; Karen Offen, *Les féminismes en Europe, 1700-1950. Une histoire politique*, Presses Universitaires de Rennes, 2012.

¹² Pedro Sánchez Ferre, op. cit.

presentaba así como heredera de las movilizaciones feministas y pacifistas del pasado.¹³ De hecho, como veremos, la creación de una organización femenina antifascista, que tiene un origen transnacional (como el propio movimiento antifascista) se sitúa explícitamente en la herencia del feminismo pacifista. Como explica Christine Bard, muchas feministas, en particular en Francia, hicieron el viaje desde el feminismo hacia el antifascismo, debido al agotamiento de los discursos feministas radicales y del sufragismo de principios de siglo, a la falta de clarividencia de luchas organizaciones feministas, que no percibieron el peligro del acceso al poder de Hitler en Alemania, y al hecho de que el antifascismo proporcionaba una ideología y un discurso movilizadores en los cuales se podían integrar las reivindicaciones feministas.¹⁴

De este modo, los inicios de la movilización antifascista se insertan, en lo que respecta a las mujeres, en una tradición anterior de alianzas entre ideales de feminismo, pacifismo y progreso social, que en ocasiones se materializaban en conexiones concretas entre diferentes movimientos y organizaciones y en circulaciones de mujeres que pasaban de una a otra militancia. Un ejemplo de estas conexiones y transferencias, que representa la presencia de diferentes tradiciones en el movimiento antifascista femenino, es la figura de Irene Falcón, cuyo nombre está indisolublemente asociado a la figura de Dolores Ibárruri “La Pasionaria”, puesto que durante una gran parte de su vida fue su auxiliar y asistente. Irene Falcón es representante de una burguesía progresista y cosmopolita: de soltera Irene Lewy Rodríguez, se casó muy joven con el escritor peruano César Falcón y en 1924 se marchó con él a Londres, donde trabajó corresponsal del periódico madrileño *La Voz* y, según su testimonio, quedó muy impresionada por el feminismo sufragista británico, al que describió en sus artículos. A finales de los años 20 la encontramos como socia del Lyceum Club Femenino y amiga personal de varias importantes feministas, como Margarita Nelken. En 1932, César e Irene Falcón ingresaron en el PCE y desde 1934 Irene fue responsable de todas las organizaciones antifascistas de mujeres creadas por el Partido.¹⁵ Otras mujeres, como Margarita Nelken, su hermana Magda Donato, María Lejárraga, Carlota O’Neill, Matilde Huici entre otras, también transitaron por diferentes organizaciones feministas, pacifistas y, finalmente, antifascistas.

Un elemento que confirmaría esta hipótesis podría ser la aparición de una cultura política « proto-antifascista » femenina en los primeros años de la segunda República. Un ejemplo de esta cultura política lo encontramos en la revista *Nosotras*, fundada en 1931, dirigida por Carlota O’Neill y en la cual participan desde mujeres pertenecientes al Partido Comunista (como Encarnación Fuyola o Dolores Ibárruri) hasta una feminista como Hildegart Rodríguez, que osciló del socialismo al anarquismo, o la feminista, higienista y pacifista Regina Lamo, madre de Carlota O’Neill y sobrina de Rosario de Acuña, una de las figuras señeras del feminismo librepensador y laico de finales del siglo XIX.¹⁶ Estas alianzas (entre feminismo, pacifismo, socialismo, anarquismo, comunismo...) prefiguran lo que será el antifascismo a mediados de los años treinta, aunque inmediatamente el movimiento sea capitalizado por el Partido Comunista a

¹³ Dolores Ramos, “Republicanas en pie de paz. La sustitución de las armas por la justicia, el arbitraje y el derecho (1868-1899)”, *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2008), pp. 35-57. Ver también Danièle Bussy Genevois: “Les Espagnoles ou le pacifisme de l’entre-trois-guerres”, in Rita Thalmann (dir.), *La tentation nationaliste, 1814-1945*. Paris, Tierce-CNRS, p. 115-135.

¹⁴ Christine Bard, “La crise du féminisme en France dans les années trente”, *Les cahiers du CEDREF* [en línea], 4-5 (1995), consultado el 27 de febrero de 2010. URL : <http://cedref.revues.org/291>.

¹⁵ Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida con Pasionaria*. Madrid, Temas de Hoy, 1996.

¹⁶ Un análisis de esta publicación, como del resto de revistas femeninas de la Segunda República, puede hallarse en la monumental tesis de Estado, desgraciadamente sin publicar, de Danièle Bussy Genevois, *Presse féminine et républicanisme en Espagne (1931-1936)*. Université de Bordeaux III, Thèse de Doctorat d’État. Sous la direction de M. le Professeur Joseph Pérez, 1988.

través de sus dirigentes femeninas, en particular Dolores Ibárruri pero sobre todo Irene Falcón, que desde mi punto de vista es la verdadera responsable de las organizaciones femeninas antifascistas y, sin duda, una de las portadoras de la herencia del discurso feminista en la organización. Lo cual no significa, como veremos, que el antifascismo acabase asumiendo totalmente la herencia feminista: al contrario, sin ser antifeminista (al menos no antes de 1945), la movilización femenina en el seno del antifascismo tampoco puede ser considerada como genuinamente feminista, entre otras cosas por el peso del discurso maternalista en la organización y la falta de puesta en cuestión de los marcos de género tradicionales, que las mujeres antifascistas de tradición marxista, a diferencia de las anarquistas, jamás identificaron como origen de la opresión femenina. Y en realidad, la preeminencia de las mujeres comunistas en la organización de la movilización antifascista en España tuvo el doble efecto de marginar en su seno tanto a las mujeres anarquistas (que crearon en mayo de 1936 su propia organización, “Mujeres Libres”) como al propio feminismo.

“Mujeres contra la guerra y el fascismo”

Para entender la forma en que se articuló en España una cultura política y una movilización antifascistas es necesario enmarcar su análisis en la configuración de un movimiento de ese tipo a nivel internacional. En efecto, la movilización de las mujeres en el antifascismo surgió también como consecuencia de un impulso internacional, en la estela de la creación de organizaciones que eran fruto, por una parte, de la evolución de las estrategias de la Internacional Comunista (de “clase contra clase” al “frente único antifascista”), pero también de la preocupación y sensibilidad antifascistas de diferentes grupos sociales e ideológicos, en particular de los intelectuales próximos a los partidos comunistas. En la movilización antifascista tomaron parte personas procedentes de diferentes tradiciones y culturas políticas, que sintieron la necesidad de organizarse y actuar frente a la consolidación de regímenes fascistas o fascizantes (en Alemania y Austria) o de amenazas similares percibidas en el interior de las fronteras nacionales (como en Francia después de las manifestaciones antiparlamentarias de las Ligas, el 6 de febrero de 1934, o en España como resultado de la creación de la Falange y de la victoria de la CEDA, percibida por una parte de la izquierda como fascizante, en las elecciones de noviembre de 1933).

Como en el resto de Europa a excepción de Italia, en España el antifascismo se configuró como cultura política con características propias y como movimiento de masas en relación con la movilización internacional propugnada por el cominterniano alemán Willi Münzenberg desde finales de los años 20.¹⁷ Éste sería el impulsor de dos grandes reuniones internacionales, una en Ámsterdam en 1932 y la otra en la sala Pleyel de París en 1933, que están en el origen de un movimiento internacional « contra la guerra y el fascismo » (movimiento que, por lo tanto, es bien anterior a la adopción oficial por la Comintern de la estrategia antifascista, en su VII Congreso en 1935). Las reuniones dieron lugar a la creación de un Comité mundial compuesto por intelectuales y activistas políticos y dirigido por Henri Barbusse y Romain Rolland, conocido como movimiento « Amsterdam-Pleyel », proceso relativamente bien conocido, como también lo

¹⁷ Yves Santamaria, “Un prototype toutes missions: le Comité de lutte contre la guerre, dit “Amsterdam-Pleyel”, 1932-1936”, *Communisme*, 18-19 (1988), pp. 71-97. Una biografía de Willi Munzenberg en la que se describe su papel como organizador del movimiento antifascista en Alain Dugrand y Frédérick Laurent, *Willi Münzenberg, artiste en révolution (1889-1940)*. Paris, Fayard, 2008.

es la polémica acerca de su capitalización por parte de la Comintern. Menos conocido es el hecho de que este movimiento tuvo una vertiente femenina, gracias en gran medida al empeño de la feminista y pacifista Gabrielle Duchêne, responsable de la convocatoria de un Congreso internacional de mujeres antifascistas en París, en agosto de 1934, para la organización del cual fueron movilizadas mujeres de varios países, entre ellos España.¹⁸

Gabrielle Duchêne representa el eslabón que une el feminismo pacifista de principios del siglo XX con un antifascismo femenino que, al menos en sus inicios, llevaba de forma inconfundible el sello de estos orígenes, tanto desde un punto de vista discursivo (con el énfasis en la emancipación femenina, la igualdad de derechos o el discurso pacifista de tintes maternalistas) como desde el punto de vista de su militancia, puesto que muchas feministas seguirían la llamada del antifascismo, viendo en él, entre otras cosas, un defensor de los derechos de las mujeres amenazados por el fascismo. Duchêne ya había fundado en 1915 la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, organización a la vez feminista y pacifista, y a partir de un viaje a la URSS en 1927 se convirtió en « compañera de ruta » del PCF y defensora ardiente de la Unión Soviética. A principios de los años 30 participó en el movimiento Amsterdam-Pleyel y decidió organizar una estructura femenina del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo.¹⁹ Otras futuras dirigentes del movimiento antifascista femenino francés, como Irène Joliot-Curie, también añanan en su trayectoria las preocupaciones feministas y antifascistas. Estas mujeres encarnan así el viraje de muchas feministas europeas hacia el antifascismo, el cual, en palabras de Christine Bard, ofrecía una alternativa al desgaste político del feminismo « clásico » y la posibilidad de un compromiso político concreto, inmediato y en fase con las preocupaciones políticas de la izquierda europea. Lo cual suponía al mismo tiempo, una subordinación de la lucha específicamente feminista a la constitución de un amplio bloque antifascista, y plantea también la cuestión de la instrumentalización del potencial movilizador de las mujeres por parte de la Internacional Comunista.²⁰

En lo que respecta a España, en 1932 se había constituido una Comisión Femenina del PCE (que sería la base de la organización femenina antifascista) de la que formaban parte Dolores Ibárruri (que desde 1930 era miembro de Comité Central), Irene Falcón, Encarnación Fuyola, Elisa Uriz y Carmen Loyola.²¹ Por otra parte, desde 1933 y en fase con las preconizaciones de la Comintern y con los procesos de articulación de un movimiento antifascista internacional, se constituyó un Frente Antifascista que formaba parte del Comité mundial surgido del movimiento Amsterdam-Pleyel y editaba el periódico del mismo nombre, en el cual escribían personalidades femeninas como Irene Falcón o Magda Donato (nombre de pluma de Carmen Eva Nelken, la hermana de Margarita Nelken). En esta revista se anunciaba en febrero de 1934 la formación de un Comité Femenino para organizar la participación española al Congreso Mundial de mujeres contra la guerra y el fascismo convocado por Gabrielle Duchêne en París, iniciativa impulsada por la visita de una delegada francesa del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el

¹⁸ Claire Besné, *Le Comité Mondial des Femmes contre la Guerre et le Fascisme (1934-1939). Un mouvement de femmes communiste*. Mémoire de maîtrise d'histoire contemporaine. Sous la direction de Mme Yannick Ripa. Université de Paris 8, 2005.

¹⁹ Lorraine Coons, "Gabrielle Duchêne: Feminist, Pacifist, Reluctant Bourgeoise", *Peace & Change*, vol. 24, issue 2, 2002, pp. 121-147; Emmanuelle Carle, "Women, Anti-fascism and Peace in Inter-war France: Gabrielle Duchêne's Itinerary", *French History*, vol. 18, issue 3, 2004, pp. 291-314.

²⁰ Louis-Pascal Jacquemond, "Irene Joliot-Curie, une féministe engagée ?", *Genre & Histoire* [En ligne], 11 | Automne 2012, mis en ligne le 02 août 2013. URL : <http://genrehistoire.revues.org/1796>

²¹ Dolores Ibárruri, *El único camino*. Castalia-Instituto de la Mujer, Madrid, 1992, p. 265 y siguientes; Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida con Pasionaria*. Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 91 y 97-99.

Fascismo. La composición del Comité español da idea de la amplitud política de la organización: entre sus miembros encontramos, en efecto, a la socialista María Lejárraga de Martínez Sierra, Evelyn Kahn (de la que carecemos de datos biográficos pero que aparece como colaboradora de María Martínez Sierra en el seno de la feminista Asociación Femenina de Educación Cívica), Carlota O'Neill, la escritora Rosa Chacel, Victoria Kent, Irene Falcón o Magda Donato, además de “numerosas delegadas de sindicatos obreros de toda España”. Por otro lado, a finales de 1933 la Comisión Femenina del PCE empezó a editar su revista *¡Compañera! Órgano de las mujeres trabajadoras de la ciudad y del campo*.²² Alejada del interclasismo de *Nosotras*, esta publicación seguía la estrategia revolucionaria del PCE en aquellos momentos sin por ello abandonar las preocupaciones feministas, aunque, como es propio en la cultura política comunista, la emancipación femenina se subordinaba a la de la clase obrera y la Unión Soviética, país que había logrado establecer la dictadura del proletariado, era presentada como un paraíso feminista, « el país de la mujer liberada » (protección de las madres y sus criaturas, igualdad de trabajos y salarios, derecho al aborto...). En este sentido, es importante tener en cuenta que la cultura política del antifascismo es más amplia y abarcadora que la cultura política comunista, aunque en un momento dado los partidos comunistas fueron los que impulsaron las políticas y los movimientos antifascistas. En el caso español esto fue así de forma muy clara, y aunque por momentos la historia del antifascismo y la del PCE se confunden, no son del todo solubles la una en la otra. De hecho, el análisis del antifascismo femenino nos permite ver cómo la puesta en marcha de la política antifascista permitió reunir a mujeres de sectores más amplios de lo que sería la base “natural” de la militancia comunista, en particular mujeres de las clases medias e intelectuales.

La perspectiva de la participación en el Congreso de París de 1934 proporcionó el impulso definitivo a la formación de un movimiento femenino antifascista en España.²³ En julio de 1934 las antifascistas españolas celebraban en Madrid su primer Congreso Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, y de este Congreso surgía un Comité director que reunía a mujeres de diversas tendencias políticas: la socialista María Lejárraga de Martínez Sierra, la socialista Matilde de la Torre, la republicana e histórica dirigente feminista Isabel de Palencia, o la republicana y feminista Catalina Salmerón, a quien se ofreció la presidencia honoraria, hija del histórico intelectual y republicano Nicolás Salmerón, presidente del Ejecutivo de la Primera República en 1873 y fundador de la Institución Libre de Enseñanza: todo un símbolo de las advocaciones históricas, políticas e intelectuales bajo las que se situaba a la organización. Eso sí, la presidencia efectiva recayó (como no podía ser de otro modo) en Dolores Ibárruri, lo que también indicaba que era el PCE el que se reservaba el control efectivo de la organización.

El Congreso de París se celebró finalmente en agosto de 1934. A él asistió una delegación de doce mujeres españolas, entre las que estaban Dolors Bargalló (Esquerra Republicana de Catalunya), Encarnación Fuyola (PCE), Victoria Kent (Izquierda Republicana) o Veneranda Manzano (PSOE) y encabezada por Dolores Ibárruri (que fue designada a la presidencia del Congreso). En el Congreso, estuvieron representadas organizaciones de tendencias diversas (comunistas, socialistas, republicanas, pacifistas, feministas) y de hecho los discursos y consignas del Congreso femenino reflejan la confluencia entre un discurso que podríamos calificar de feminista y la estrategia del “frente único antifascista” defendida en esos momentos

²² Danièle Bussy Genevois, *Presse féminine et républicanisme en Espagne (1931-1936)*..., p. 857 y ss.

²³ “Ante el próximo Congreso femenino contra la guerra y el fascismo”, *Frente Antifascista*, 16 de febrero de 1934.

por la Comintern. Así, el slogan “¡Por la emancipación total de las mujeres!” cohabitaba con los vivos al frente único antifascista, el canto de la Internacional, la llamada a la defensa de la “política de paz de la U.R.S.S., país de la mujer liberada” y la condena de “la nueva carnicería imperialista”.²⁴ Sobre todo, tanto en las conclusiones generales del Congreso como en el informe que de él realizó Dolores Ibárruri en las páginas de *Mundo Obrero*, la prioridad se daba a la defensa de la paz y a la lucha contra las potencias imperialistas y coloniales, tanto si éstas eran fascistas (como Italia o Alemania) como capitalistas (Inglaterra o Francia).²⁵ E incluso si las reticencias seguían vivas entre el comunismo y el socialismo (no hacía mucho calificado por los comunistas de “socialfascismo”), el discurso antifascista y pacifista hizo la estrategia comunista “más creíble y por tanto más eficaz: recurriendo a la lucha contra el verdadero enemigo, el fascismo internacional, que concuerda con los sentimientos, las dudas y la voluntad de resistencia de sectores cada vez mayores”.²⁶ Y si esta unión no llegó a cuajar en las organizaciones internacionales antifascistas, sí parece que lo hizo en la organización femenina, a tenor de las afiliaciones políticas de sus miembros más activas.

Durante el verano de 1934, la actividad de las mujeres antifascistas consistió principalmente en organizar movilizaciones femeninas “contra la guerra y el fascismo” en varias ciudades españolas. La primera manifestación de la organización como tal tuvo lugar en Madrid en agosto de 1934 contra la movilización de reservistas para la guerra de Marruecos, y también se realizó una manifestación importante con este motivo en Zaragoza. Se trataba por tanto de una movilización a la vez contra el fascismo y contra la “guerra imperialista”, considerados como fenómenos de idéntica naturaleza, consecuencias los dos de los excesos del capitalismo y que se cernían como amenazas sobre la paz de los hogares. Así, en los llamamientos realizados a través de *Mundo Obrero*, el órgano del PCE, se apelaba no sólo a la conciencia de las mujeres trabajadoras sino también al “instinto seguro de las madres” para movilizar a todas las mujeres, sin distinción de clases.²⁷ Y si creemos la crónica publicada por *Mundo Obrero* acerca de la manifestación antimilitarista de Madrid de agosto de 1934, estas movilizaciones reunieron a mujeres proletarias y burguesas, unidas en un combate que presentaba rasgos a la vez políticos y de género.²⁸ Por tanto, desde un primer momento, la movilización de las mujeres desde el antifascismo se realizó apelando a un argumento con una larga tradición y ampliamente utilizado por las organizaciones femeninas y feministas ya desde el siglo XIX: la especial autoridad y legitimidad de las mujeres, por sus cualidades maternas, en la lucha por la paz, convertida, a través de la argumentación ideológica que presentaba la “guerra imperialista” como un producto ineluctable del capitalismo, en lucha contra el Estado capitalista y su más temible avatar, el fascismo.²⁹

Carecemos de datos para analizar en detalle la actividad de la organización de mujeres antifascistas durante los meses que van de agosto a octubre de 1934, momento en que se produjo la llamada “revolución de Octubre”: una huelga general convocada por las organizaciones obreras que tuvo un impacto particular en Cataluña y sobre todo en Asturias, donde tuvo lugar

²⁴ “Fraternalmente unidas están millares de mujeres”, *Mundo Obrero*, 21 de agosto de 1934.

²⁵ Dolores Ibárruri, “Una lección viva”, *Mundo Obrero*, 21 de agosto de 1934.

²⁶ Bruno Groppo, “El antifascismo...”, p. 106.

²⁷ “Después del Congreso: un trabajo práctico”, *Mundo Obrero*, 21 de agosto de 1934.

²⁸ “¡Abajo la guerra imperialista! Imponente manifestación de mujeres contra la guerra y el fascismo”, *Mundo Obrero*, 25 de agosto de 1934.

²⁹ Nitzza Berkovitch, *From Motherhood to Citizenship...*

una auténtica insurrección armada por parte de los mineros asturianos que sería durísimamente reprimida por el gobierno con el envío del ejército. Tampoco sabemos hasta qué punto la organización femenina se implicó en los sucesos de octubre más allá de su apoyo declarado a la huelga general. Pero el caso es que la represión también alcanzó a las mujeres antifascistas: Dolores Ibárruri y la diputada socialista por Asturias, Veneranda Manzano, fueron detenidas por su supuesta implicación en los hechos,³⁰ mientras que Margarita Nelken se exiliaba en Francia, desde donde escribió crónicas sobre la represión en Asturias en el órgano del *Comité des femmes contre la guerre et le fascisme*, la revista *Femmes dans l'action mondiale*. La organización femenina fue ilegalizada, aunque reapareció con el nombre de Pro Infancia Obrera para organizar la ayuda a las familias asturianas afectadas por la represión, en particular los niños: de este modo, aparece ya en esta ocasión la función asistencial y de “maternidad social” que caracterizaría posteriormente a la organización, sobre todo durante la guerra y también en el exilio. En todo caso, como para el resto de organizaciones políticas españolas, a la izquierda como a la derecha, para las mujeres antifascistas octubre de 1934 marca un punto de no retorno en la polarización y la radicalización política, que sería particularmente visible en la campaña electoral de febrero de 1936 y tras la victoria del Frente Popular.

El antifascismo femenino al combate

Las mujeres antifascistas y el Frente Popular

La campaña electoral de febrero de 1936, en la que las izquierdas se presentaron agrupadas en una coalición de Frente Popular (que también se denominó como “frente antifascista” o “bloque popular antifascista”) supuso el retorno a la vida pública de la organización de mujeres antifascistas, ahora denominada Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA). La izquierda española (e internacional), y con ella las mujeres antifascistas, analizaron los acontecimientos de octubre de 1934 como una muestra de la represión fascista contra la clase obrera española, y la victoria electoral de febrero de 1936 como una victoria contra el fascismo. El discurso de la organización durante la campaña electoral se articuló en torno al recuerdo de la represión de octubre: estos acontecimientos habían proporcionado a la organización sus primeras gestas, heroínas y mártires, como Aída Lafuente, muerta en Oviedo al pie de su ametralladora.³¹ Por otro lado, la organización seguía apelando a un frente unido de las mujeres contra el fascismo, percibido como el gran enemigo de la emancipación femenina, y en sus argumentos se mezclaban las demandas de emancipación con las llamadas al instinto maternal de las mujeres. Una doble apelación que se convirtió en la « marca de fábrica » del discurso antifascista durante la guerra y la posguerra. Así, durante la campaña electoral de febrero de 1936, Dolores Ibarruri apelaba a las « mujeres y madres de España, de Cataluña, de Euzkadí y de Galicia » recordándoles el carácter opresor del fascismo con respecto a las mujeres :

“(…) A través de la dolorosa experiencia de Alemania e Italia, las mujeres hemos aprendido a conocer qué podemos esperar si en nuestro país triunfases la Ceda y demás monárquicos y fascistas, los que representan la tradición inquisitorial de Arbués y Torquemada.

³⁰ Manuela Aroca, “Mujeres en las organizaciones socialistas durante la dictadura. Antecedentes en la Segunda República”, http://www.ugt.es/fflc/hemeroteca/2008_mujeres_socialistas.pdf.

³¹ “Las mujeres antifascistas de Madrid dedican un emocionante recuerdo a las heroicas mujeres asturianas”, *Mundo Obrero*, 3 de febrero de 1936.

¡La mujer, transformada en la esclava, en la sierva del hombre, útil sólo para procrear carne de cañón, de la que dispondrán a su albedrío los esclavizadores de los pueblos!

¡La mujer, en la iglesia, en la cocina y en la cama!”³²

Sin embargo, las llamadas de Dolores Ibárruri a la unidad de las mujeres en la causa antifascista pasaban sobre todo por la apelación emocional a los instintos maternos, más que por la racionalidad de una conciencia feminista común:

“A vosotras, hermanas de clase, que sabéis como yo de los días negros sin pan y sin alegría; del dolor de los hijos hambrientos y enfermos por las privaciones y la miseria; (...) y a vosotras también, compañeras de lucha antifascista; mujeres de la pequeña y media burguesía, que soñáis como todas las mujeres para los suyos, y fundamentalmente para vuestros hijos, una vida de tranquilidad y de bienestar, va el llamamiento cordial de una mujer, madre también, que anhela como vosotras terminar con la injusticia, y dar a nuestro país una estructura social más humana y equitativa”.³³

En el discurso de las dirigentes de la organización antifascista, y en especial de Dolores Ibárruri, podían combinarse, de ese modo, las reivindicaciones de la agenda feminista (tales como “el derecho al trabajo; la igualdad de salarios; la protección a la madre; la investigación de paternidad; el divorcio, sin ninguna traba jurídica ni económica; el derecho al aborto; la creación de casas cuna, escuelas, jardines de la infancia, comedores y roperos escolares; la prohibición de trabajos insalubres y el derecho a ocupar cargos en lícita competencia con el hombre”³⁴) con la exaltación de la maternidad y las llamadas a las mujeres en el marco de sus roles más tradicionales (destinadas, por otra parte, a atraerse a mujeres de mentalidad más conservadora). Lo cual hace pensar que invocar la revolución proletaria, como hacían constantemente las dirigentes antifascistas y en particular Dolores Ibárruri, debía sonar menos revolucionario que las pretensiones de trastocar el orden de género... En realidad, el discurso feminista fue elaborado de forma mucho más eficaz por otra organización, la anarquista *Mujeres Libres*, fundada por un grupo de mujeres anarquistas en mayo de 1936, que aun participando de la cultura antifascista común a toda la izquierda española supo analizar de manera más crítica y acertada el origen de la opresión femenina. Las dirigentes de la organización libertaria femenina, Lucía Sánchez Saornil, Amparo Poch y Gascón y Mercedes Comaposada, que tenían una trayectoria previa como intelectuales comprometidas con el feminismo, conceptualizaron la naturaleza de la opresión femenina en lo que llamaron la «triple esclavitud de la mujer»: “esclavitud de ignorancia, esclavitud de mujer, esclavitud de productora”. Frente al antifascismo propugnado por el PCE, que no ponía en cuestión los roles tradicionales femeninos sino que los utilizaba como fuente de legitimidad y de empoderamiento a través de un discurso fuertemente maternalista, las *Mujeres Libres* anarquistas fueron capaces de percibir que la familia tradicional y las relaciones de pareja tal y como estaban configuradas en un sistema patriarcal eran una fuente de opresión para las mujeres.

La AMA aparece así, durante el período del Frente Popular, como un “Frente Popular femenino bajo control comunista” en palabras de Mary Nash, la organización que reuniría todas las fuerzas femeninas de la izquierda alrededor de un discurso y unas prácticas de movilización

³² Dolores Ibárruri, “¡MUJERES! ¡MADRES! De España, de Cataluña, de Euzkadi y de Galicia”, *Mundo Obrero*, 8 de febrero de 1936.

³³ *Ibidem*.

³⁴ Dolores Ibárruri, “Organicemos a la mujer para la lucha”, *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 3, 1 de mayo de 1936, p. 2.

comunes.³⁵ Discurso y prácticas que, evidentemente, estaban fuertemente influidas por la cultura política comunista, pero que también habían recibido la influencia de otros discursos y tradiciones. El discurso antifascista de las mujeres recogía así la argumentación comunista que interpretaba el fascismo en clave de “guerra imperialista”, como un último avatar del capitalismo estrechamente emparentado con la reacción tradicional, pero también se hacía eco de numerosas reivindicaciones feministas acerca de la emancipación y la participación política de las mujeres en pie de igualdad con los hombres. Y al mismo tiempo, utilizaba el recurso discursivo del maternalismo para llegar a un amplio público femenino que desbordase, eventualmente, el vivero comunista “tradicional” formado por las mujeres trabajadoras pertenecientes a las clases populares. En un contexto político fuertemente polarizado, en el que la violencia política comenzaba a tener un peso importante en la vida pública y las organizaciones obreras ponían en pie estructuras paramilitares para responder a las agresiones falangistas (como las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas, las MAOC, organizadas por las Juventudes Socialistas Unificadas), el antifascismo propuso opciones de movilización con un marcado carácter de género. Así, el antifascismo femenino se presentaba como la lucha de las mujeres por la paz de sus hogares, frente la violencia verbal (y a veces física) de la movilización masculina.³⁶ Y cuando se produzca la sublevación militar del 18 de julio de 1936, los discursos elaborados desde el antifascismo femenino serán reactivados y reutilizados para movilizar a las masas femeninas en la defensa activa de la República.

Movilización antifascista femenina en la guerra civil

He tratado de mostrar hasta aquí la configuración heterogénea de la movilización femenina antifascista y la genealogía múltiple de sus discursos, y cómo en el momento del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 ya hay una potente movilización antifascista y un discurso listo para su uso que explican, en parte, la amplitud de la movilización femenina en respuesta al golpe de Estado e incluso la figura, que tanto sorprendió y fascinó a los contemporáneos, de la miliciana. Figura, por cierto, reivindicada en un primer momento por las organizaciones femeninas antifascistas y por la propia AMA, si bien luego esta organización sería una de las máximas difusoras de la consigna que consagró el reparto sexuado de roles y espacios en el bando republicano durante la contienda: “Todos los hombres útiles, al frente. Todas las mujeres, al trabajo, para reemplazarlos”.³⁷

El estallido de la guerra civil en julio de 1936 encontró así en la AMA el organismo idóneo para canalizar la participación femenina en el esfuerzo antifascista, frente al cual sólo se alzaría la competencia parcial de las *Mujeres Libres* anarquistas, que nunca renunciaron a su independencia y rechazaron integrar una organización en la que el control comunista era evidente. Su órgano de prensa, *Mujeres*, editado originalmente en Madrid, dio lugar a otras ediciones regionales en Bilbao y Valencia (donde la cabecera se tituló *Pasionaria*) y se transformó en instrumento de propaganda y orientación en dirección de las mujeres. Su Comité

³⁵ Mary Nash, *Mujer y movimiento obrero en España...*, p. 112.

³⁶ Para la violencia política en la Segunda República y la movilización de las organizaciones obreras ver por ejemplo Eduardo González Calleja, “Brutalización de la política y canalización de la violencia en la España de entreguerras”, en Carlos Navajas Zubeldia, Diego Iturriaga Barco (coords.), *Crisis, dictaduras, democracia: I Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*. Logroño, Universidad de La Rioja, 2008.

³⁷ “Cómo han acogido las mujeres el manifiesto del Partido Comunista”, *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, nº 6, 2 de septiembre de 1936, p. 6.

Nacional generó una Comisión de Auxilio Femenino, reconocido por las autoridades republicanas como responsable directo de la organización de la movilización de las mujeres y que trabajaba en ligazón directa con los Ministerios de Guerra e Industria (incluso si, según Mary Nash, dicha Comisión resultó finalmente inoperante ante la desconfianza de dichos Ministerios con respecto a la movilización femenina en actividades militares³⁸). La AMA impulsó además la creación de Comités provinciales y locales para encuadrar a las masas femeninas antifascistas de la zona republicana. A partir de 1937, la organización de mujeres antifascistas catalana, creada como la española en 1934, recibió un nuevo impulso desde el recién creado Partido Socialista Unificado de Catalunya (PSUC), que desarrolló de forma notable la organización antifascista femenina (que pasaría a denominarse Unió de Dones de Catalunya). Y también a partir de ese año, y coincidiendo con la unificación de las organizaciones juveniles comunista y socialista, se impulsó la creación de una Unión de Muchachas como organismo femenino de las JSU que tendría un importante papel en la movilización de las jóvenes antifascistas, en especial las madrileñas.³⁹

No me voy a extender sobre las experiencias de las mujeres antifascistas durante la guerra, que creo son sobradamente conocidas. Simplemente aludiremos al hecho de que el discurso maternalista, que ya comenzaba a cobrar importancia justo antes de la guerra, se materializó en la figura que la historiadora Mary Nash ha denominado la « madre combativa ». En efecto, si en un primer momento la miliciana representó la esencia del combate antifascista y fue la garantía del carácter popular y generalizado de la lucha contra el fascismo, muy pronto pasó a ser una figura incómoda. En septiembre de 1936, el proceso de desarticulación de las milicias populares y su conversión en un Ejército Popular, preconizado desde el gobierno republicano del socialista Largo Caballero, conllevó la exclusión de las mujeres de los frentes de combate, incluso a través de su estigmatización como transmisoras potenciales de enfermedades venéreas. Desde ese momento, el llamamiento a la movilización de las mujeres se hizo llamándolas a ocupar su puesto en la retaguardia, sustituyendo (de manera abiertamente coyuntural) a los hombres partidos al combate. A pesar de lo cual, las mujeres antifascistas no renunciaron completamente a la representación e incluso exaltación de la miliciana, lo que puede explicarse también por necesidades puntuales de movilización, como en el caso de la defensa de Madrid. Así en septiembre de 1936, en las páginas de la edición de *Mujeres* de Madrid, Aurora Arnaiz retrataba en un artículo a la miliciana Cristina Aparicio, descrita participando en un avance frente al enemigo, “fuerte el fusil y firme el pulso (...) cerrando los ojos ante los caídos”.⁴⁰ Pero en realidad las mujeres antifascistas llamaron sobre todo a las mujeres a otras misiones, en particular a ocupar los puestos de trabajo abandonados por los hombres para ir al frente. Lo cual, en el fondo, también implicaba una cierta revolución en las normas de género, sobre todo porque este llamamiento, que incluía a las mujeres “que nunca salieron de su hogar y del cuidado de sus

³⁸ Mary Nahs, **Rojas...**, p. 199. Esta Comisión de Auxilio Femenino estaba compuesta por Dolores Ibárruri, Emilia Elías, Encarnación Fuyola, Yveline Kahn, Anunciación Casas, María Sirval, Isabel de Palencia y Victoria Kent. “Decreto del 29 de agosto creando el Comité de Auxilio Femenino”, **Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas**, n.º 6, 2 de septiembre de 1936, p. 8.

³⁹ Por el momento carecemos de un estudio monográfico sobre la Unió de Dones de Catalunya, que conocemos sobre todo a partir de los trabajos de Mary Nash. Sobre la Unión de Muchachas, ver María Carmen García-Nieto, “Unión de Muchachas: un modelo metodológico”, en **La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria**, Madrid, UAM, 1990, pp. 313-331; Carmen Cardíño y Manuela Rodríguez, “Creación en 1937 de la asociación Unión de Muchachas en Madrid”, en **Las mujeres y la guerra civil española**. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer-Ministerio de Cultura, 1991, pp. 60-61. Ésta tuvo su equivalente catalán en la Aliança Nacional de la Dona Jove.

⁴⁰ Aurora Arnaiz: “Cristina Aparicio”, **Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas**, n.º 6, 2 de septiembre de 1936, p. 8.

hijos”, iba acompañado de acciones concretas para la capacitación cultural y profesional de las mujeres, así como de medidas para facilitar su integración laboral (como la puesta en marcha de guarderías y casas cuna) y la reclamación de un salario equivalente al masculino.⁴¹ El carácter extraordinario de dicha movilización quedaba sin embargo matizado y justificado por las propias circunstancias extraordinarias de la guerra, y el discurso insistía en un reparto genérico de tareas que no pondría en peligro el *statu quo*:

“Es preciso – todas lo sentimos – la victoria rápida, que todos los hombres útiles vayan al frente; nosotras, mujeres antifascistas, aseguramos que los puestos de la retaguardia estarán cubiertos. Nosotras decimos a los hombres que vayan a batirse; que su comida y su ropa estarán asegurados; que sus hijos estarán atendidos; que nuestra acción, cada día mejor, será la base segura de las victorias en la vanguardia”.⁴²

Por otra parte, las mujeres antifascistas llamaban a la movilización femenina combinando la defensa de los derechos de las mujeres, desde una lógica discursiva feminista, con argumentos maternalistas que llegaron a naturalizar el antifascismo femenino. Ser antifascista sería así lo propio de la mujer, pues, en palabras de una de las principales dirigentes de la organización, Encarnación Fuyola,

“¿Cómo una mujer que lleva en su vientre el germen de vida podría conformarse con el fascismo, que es muerte, que es hambre y explotación?

Las mujeres luchamos contra eso. (...) Luchamos por la vida, el trabajo y la dicha.

Queremos trabajar, queremos la independencia económica que nos convierta en seres libres. Queremos la plenitud de nuestros derechos, de nuestra vida social, que nos convertiría en mejores madres, en mejores compañeras; que nos hará capaces de ayudar al impulso de la civilización.

(...) Luchamos por las risas, por la salud, por la vida de nuestros hijos. Luchamos por alcanzar la alegría de la maternidad, que el egoísmo de unos privilegiados había convertido en tortura y dolor. (...)

Luchamos por nuestra dignidad de mujeres (...)”.⁴³

A pesar de todo no se debe minimizar la importancia de la movilización femenina en la retaguardia republicana, canalizada por las organizaciones de mujeres antifascistas. Incluso si las llamadas a las mujeres se hicieron desde un discurso de la complementariedad de los sexos, que atribuye determinadas funciones a las mujeres y las esencializa a través de una serie de virtudes y valores « maternos », esta movilización femenina masiva rompió con la tradicional separación entre espacio público y privado y dignificó, incluso podríamos decir que politizó, las tareas « típicamente femeninas » al otorgarles un papel decisivo en la victoria contra el fascismo.

⁴¹ Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, “A las mujeres antifascistas”, **Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas**, nº 6, 2 de septiembre de 1936, p. 8.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Encarnación Fuyola, “Por qué luchamos las mujeres”, **Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas**, nº 6, 2 de septiembre de 1936, p. 6.

El exilio de las mujeres antifascistas y las mutaciones del antifascismo⁴⁴

La reconstrucción de las organizaciones femeninas en el exilio

La terrible derrota de 1939 no supuso, a pesar de todo, el final de las organizaciones femeninas antifascistas, aunque éstas prácticamente desaparecieron del territorio nacional, manteniéndose únicamente algunos grupitos clandestinos de mujeres que se autocalificaban como “mujeres antifascistas”. La reemergencia de la organización de las mujeres antifascistas se produjo en el exilio al que muchas de éstas se habían visto empujadas por la derrota: desde 1943 se detecta una reorganización de las mujeres del exilio republicano, en particular en México, donde habían encontrado refugio varias componentes del Comité nacional de la AMA (Encarnación Fuyola, Emilia Elías, Isabel Oyarzábal de Palencia, Veneranda Manzano...).⁴⁵ Pero la reorganización “oficial” de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, bajo la nueva denominación de Unión de Mujeres Españolas, tuvo lugar en 1946, en Toulouse (Francia), y estuvo ligada a dos procesos concomitantes que se producen a partir del final de la ocupación alemana en Francia: la reorganización de los partidos y organizaciones políticas del exilio republicano español, en particular del PCE, y la creación de una estructura transnacional que reuniría a todas las mujeres antifascistas del mundo, con la misión de impedir el resurgimiento del fascismo y de proteger la paz mundial: la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM).

La Liberación de Francia marcó el inicio de un movimiento que sacó a la luz las diferentes redes y movimientos clandestinos de la Resistencia; a nivel europeo, el final de la guerra marcó también un momento inédito de unidad de la izquierda en el que los ideales del antifascismo parecían haber triunfado y ser aceptados por el conjunto de los partidos y movimientos que habían participado en la resistencia contra el fascismo, el nazismo y la ocupación alemana. En los países europeos liberados, como en el caso de Francia, aparecieron gobiernos de unidad que incluían a los comunistas y que aceptaban el antifascismo como uno de los nuevos fundamentos de la Nación. La Unión Soviética, aureolada por las victorias del Ejército Rojo y su papel en el aplastamiento del fascismo, aparecía más que nunca para una parte de la izquierda europea como un modelo al que aspirar.⁴⁶ En este contexto se inició, por parte de las mujeres francesas pertenecientes a la *Union des Femmes Françaises*, organización próxima al PCF, un movimiento de reorganización de las mujeres antifascistas a nivel europeo que culminaría en la creación de una Federación internacional, la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM), cuya pretensión era la de favorecer la intervención política de las mujeres antifascistas en los procesos de reconstrucción de las naciones europeas, velando particularmente por el aplastamiento de los últimos vestigios del fascismo.

El proceso que llevó a la fundación de la Federación, durante un congreso celebrado en París en 1945 al que asistieron delegadas de 60 países, recuerda inevitablemente al proceso que condujo a la creación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo: de forma harto simbólica, la sede del Congreso fue la misma que en 1934 (el *Palais de la Mutualité* de París) y allí se reencontraron mujeres que habían participado en la puesta en pie del movimiento antifascista femenino diez años antes, como la propia Gabrielle Duchêne, la republicana francesa y antigua

⁴⁴ El tema abordado en esta sección ha sido tratado de forma monográfica en Mercedes Yusta, **Madres coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la guerra fría**, Madrid, Cátedra (col. “Feminismos”), 2009

⁴⁵ Pilar Domínguez, *Voces del exilio...*

⁴⁶ Tony Judt, *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid, Taurus, 2005, p. 181; Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona, Crítica, 2003, p. 307.

ministra del *Front Populaire* Cécile Brunschvicg o Dolores Ibárruri. Además, al Congreso asistieron varias veteranas de las Mujeres Antifascistas de los años 30: en primer lugar Dolores Ibárruri, que fue designada como una de las cuatro vicepresidentas de la Federación (la presidenta fue, hasta su muerte, la francesa Eugénie Cotton), pero también Victoria Kent, Irene Falcón o Elisa Uriz. Y de hecho, la creación de la Federación puede considerarse como el verdadero punto de partida para la puesta en pie de la organización de mujeres españolas.⁴⁷ En el contexto del final de la guerra mundial, España aparecía como el ejemplo más expresivo de que el fascismo no había desaparecido del continente y como justificación de la necesidad de mantener una activa vigilancia antifascista. Y ello explica también el papel central de las mujeres españolas en el marco de la FDIM: varias históricas del antifascismo español, en particular Dolores Ibárruri e Irene Falcón, pasaron así a integrar el Comité ejecutivo y otras instancias de la organización. De esta manera, la UME arrancó a la vez bajo el signo de la continuidad con el antifascismo de los años treinta y de la colaboración internacional de las mujeres antifascistas en el seno de la Federación, una doble filiación que fue reafirmada en el primer Congreso de la organización en 1946.⁴⁸

Sin embargo, a pesar de la conciencia que probablemente tenían las mujeres antifascistas de situarse en la prolongación de un movimiento histórico que arrancaba en los años 30, el antifascismo iba a sufrir de forma muy rápida importantes mutaciones debidas al nuevo contexto internacional. La unidad antifascista de 1945 iba a ser rápidamente reemplazada por una desconfianza cada vez más grande hacia la Unión Soviética y el comunismo en general que repercutiría negativamente en la situación política de los partidos comunistas occidentales. A su vez, éstos se replegaron de forma cada vez más evidente en la defensa de los intereses de la Unión Soviética y la denuncia de las antiguas potencias aliadas de la Segunda Guerra mundial como “potencias imperialistas”: el enemigo fascista fue así progresivamente sustituido en el discurso de las organizaciones comunistas por el “imperialismo angloamericano”, presentado como un continuador de la política agresiva del fascismo, en particular en el Tercer Mundo. De discurso aglutinador de un amplio espectro de la izquierda, el antifascismo pasó a convertirse progresivamente en una ideología que retomaba los argumentos elaborados en los años treinta, en particular el discurso pacifista, para defender la política exterior de la Unión Soviética. En apenas dos años, entre 1945 y 1947 (momento en que se creó la Cominform y los partidos comunistas fueron expulsados de los gobiernos europeos de unidad), tomaba forma el conflicto que conocemos como “guerra fría” y se confirmaba la división de Europa y del mundo en dos bloques enfrentados. Y en el marco de esta guerra fría, la reconfiguración ideológica y discursiva del antifascismo iba a tener una importancia de primer orden.⁴⁹

⁴⁷ Los documentos de este Congreso están reunidos en Fédération Démocratique Internationale Des Femmes, **Congrès International des Femmes. Compte rendu des travaux du Congrès qui s'est tenu à Paris du 26 novembre au 1er décembre 1945**. Paris (XVIe), Édité par la FDIM. 37, rue Jouvenet, 1945.

⁴⁸ **Unión de Mujeres, boletín interior**, nº 9, Toulouse, agosto de 1946.

⁴⁹ Tony Judt, **Posguerra...**, pp. 297-336. Ver también Bruno Groppo, “El antifascismo...”.

La reelaboración discursiva del antifascismo femenino en la guerra fría

El papel de las organizaciones femeninas y en particular de la FDIM en las reelaboraciones discursivas del antifascismo después de 1945 me parece crucial, y merecería estudios más detallados de los existentes hasta el momento. Hay que señalar, en este sentido, que la FDIM funcionaba como una fábrica ideológica que alimentaba a las organizaciones nacionales que formaban parte de ella, entre las que se encontraba la Unión de Mujeres Españolas, las cuales reproducían argumentos elaborados desde el Comité ejecutivo de la FDIM (del que, recordemos, formaban parte Dolores Ibárruri e Irene Falcón) y que marcaban la línea a seguir por parte de las organizaciones afiliadas a la Federación. También habría que reevaluar el grado de autonomía de la organización femenina a la hora de generar consignas y discursos: estamos de acuerdo con la argumentación de Francisca de Haan, que considera que el estudio de la FDIM ha sido considerablemente lastrado por lecturas que son herederas directas de la guerra fría y presentan a esta organización como un mero instrumento de la política soviética.⁵⁰ Pero también hay que tener en cuenta el innegable *parti pris* ideológico de la Federación y su defensa a ultranza de los intereses soviéticos, así como el peso de las dirigentas soviéticas como Nina Popova en sus órganos de dirección.

Al analizar las publicaciones que las mujeres antifascistas publicaron a partir de 1945 (*Femmes du monde entier* en el caso de la FDIM y *Mujeres Antifascistas Españolas* en el de la UME) aparece un discurso que combinaba argumentos de tipo pacifista y maternalista con objetivos diversos, uno de los cuales, indudablemente, era defender la política de la URSS, presentada, como ya había sido el caso en los años treinta, como la campeona de la paz mundial. Pero también deberíamos considerar la fuerza de los argumentos pacifistas y antimilitaristas en sí mismos, no sólo como meros instrumentos de defensa de la Unión Soviética sino como un discurso genuinamente femenino, que marcaba un modo particular de intervención en el espacio público en defensa, también, de lo que se consideraba los intereses de las mujeres (por supuesto, desde una posición inequívocamente prosoviética en el contexto de la guerra fría, como no podía ser de otra manera en el caso de mujeres que, en la mayor parte de los casos, militaban en o eran “compañeras de ruta” de los partidos comunistas nacionales). Y este discurso era presentado desde la legitimidad que daba a las mujeres, como defensoras de la paz, su condición de madres. El maternalismo que ya estaba presente en el discurso antifascista femenino en los años treinta se acentuó de forma notable en la posguerra mundial, en un contexto político de vuelta a la “normalidad” tras los años de la guerra (una “normalidad” que incluía el retorno a un reparto de roles de género y a una feminidad tradicionales, tras los trastornos provocados por la guerra y la ocupación) y de fuerte impulso a la natalidad. En un contexto conservador en el que las virtudes atribuidas a la maternidad eran objeto de una fuerte revalorización por parte del conjunto de las sociedades europeas, las mujeres antifascistas y en particular las comunistas tuvieron el “talento” de “poner de relieve la dimensión política de estos símbolos” y utilizarlos como elementos de autoridad y de legitimación de su actuación en el espacio público.⁵¹ Pero además, el contexto de la guerra fría dio a estos argumentos maternalistas y pacifistas una nueva lectura ideológica, al ser utilizados para elaborar una argumentación pacifista que resaltaba la labor por la paz de la

⁵⁰ Francisca de Haan, “Continuing Cold War Paradigms in Western Historiography of Transnational Women’s Organisations: the case of the Women’s International Democratic Federation (WIDF)”, *Women’s History Review*, 19 (4), 2010, pp. 547 – 573.

⁵¹ Yvonne Knibiehler, *La révolution maternelle. Femmes, maternité, citoyenneté depuis 1945*. Paris, Perrin, 1997, cit. p. 42. Ver también Sylvie Chaperon: *Les années Beauvoir (1945-1970)*. Paris, Fayard, 2000.

Unión Soviética frente a las potencias occidentales, presentadas como potenciales iniciadoras de una nueva conflagración mundial. Un discurso que pasó, finalmente, de las organizaciones femeninas a ser empleado tanto por el conjunto de la izquierda europea procomunista como por el propio Cominform, que a partir de 1948 adoptaba de forma oficial la estrategia pacifista y convocaba en Wroclaw, Polonia, un Congreso Mundial de Intelectuales por la Paz, inicio de una serie de reuniones que culminarían en la organización de una gran organización internacional pacifista y prosoviética, el *Rassemblement Mondial pour la Paix*.⁵²

En el caso de las mujeres de la *Unión de Mujeres Españolas*, esta legitimación de la acción política femenina antifascista era tanto más importante cuanto que, contrariamente a sus correligionarias europeas, las españolas seguían inmersas en un combate de claro signo antifascista que prolongaba el que había comenzado en los años treinta. El recurso al maternalismo fue así profusamente utilizado para legitimar la acción militante de las mujeres y para apoyar las denuncias que realizaban de los crímenes franquistas en tanto que madres y esposas de luchadores antifranquistas. Otro objetivo era animar a la acción política a todas las mujeres de la emigración, incluso a aquellas que no estaban previamente politizadas. De esta forma se elaboró un discurso que era a la vez de claro signo político y fuertemente generizado, en el que una vez más se insistía en la naturalización del antifascismo femenino (en este caso, más bien del antifranquismo) y en la legitimidad de la acción política femenina presentada como la acción de las madres por el futuro de sus criaturas, con el fin de vencer toda reticencia (incluso, o principalmente, de las propias mujeres) a participar en el combate antifranquista. Por otra parte, y si bien el calificativo de “antifascista” seguía siendo profusamente utilizado por la organización, éste fue siendo progresivamente desplazado por el de “antifranquista” cuando se trataba de aludir al combate concreto efectuado en el interior de España. La herencia discursiva del antifascismo, reconvertido por las necesidades de la guerra fría, se diluyó en una nueva identidad antifranquista, que en el caso de las mujeres ponía el acento de forma aún más explícita en la maternidad como elemento identitario que a la vez explicaba y justificaba la acción de las mujeres en la lucha política. Las mujeres, en efecto, son antifranquistas porque son (o pueden ser) madres:

“El dolor de las madres que ven morir a sus hijos, por no tener la leche, el pan y las medicinas que reclaman sus pobres cuerpecitos, se convierte en odio acendrado contra los responsables de esta situación trágica: Franco y su régimen criminal. Y ese odio, a su vez, es impulso poderoso a la acción antifranquista, cada vez más organizada y más amplia, que abarca ya a millares de mujeres obreras y campesinas, a empleadas e intelectuales, mujeres del hogar, madres de familia, jóvenes y ancianas”.⁵³

De este modo, y como sucedió con el antifascismo en los años treinta, a través de la identificación entre mujer y maternidad la propia identidad política antifranquista fue naturalizada por la organización para presentarla como “lo propio” de las mujeres, que deberían así ser antifranquistas “por naturaleza” puesto que el antifranquismo comprendía todo el catálogo de virtudes femeninas y maternas que se consideraban inherentes a toda mujer. Así, para la feminista Isabel Oyarzábal de Palencia, que siguió ligada a la organización de mujeres antifascistas desde su exilio mexicano, “la mujer no PUEDE ser franquista desde ningún punto de vista razonable”:

⁵² Sylvie Chaperon, *Les années Beauvoir...*, pp. 126-129; Tony Judt, *Posguerra...*, pp. 331-332.

⁵³ “Jornada internacional de la mujer: ¡España no será carne de cañón de los imperialistas angloamericanos!”, *Mujeres Antifascistas Españolas*, nº 35, marzo de 1950.

“Como mujer simplemente no puede admitir lo que está en contradicción con todos los sentimientos que en ella deben de existir sólo por serlo. ¿Cómo la mujer, que es fuente de vida, va a dar su apoyo a lo que mata? ¿La mujer que nutre a otros seres de su carne y su sangre va a estar complacida con quienes les condenan a morir de hambre? La que es o debe ser defensa del débil ¿cómo puede colaborar en su exterminio? Pensándolo un poco es muy difícil comprender el que haya mujeres capaces de colaborar en actuaciones que son contrarias a todo lo que en ellas es natural”.⁵⁴

Finalmente, la mutación del antifascismo femenino en el exilio se concretó en un discurso que recogía elementos del antifascismo de los años treinta para insistir en la especificidad del combate de las mujeres contra el franquismo. La movilización política femenina era concebida y legitimada como la acción política de las madres en el espacio público contra la dictadura de Franco y en favor de la paz mundial, dos objetivos que se describían como estrechamente relacionados. Las alusiones a la lucha antifascista como lucha por la emancipación femenina desaparecieron y fueron sustituidas por reivindicaciones de tipo maternalista y familiarista; la autonomía y la dignidad femeninas se reivindicaban y legitimaban, pero en aras de un interés mayor: la paz y la felicidad de las generaciones futuras. En palabras de Rosa Vilas, una de las dirigentes de la UME,

“En nuestra lucha por la democracia y por la libertad, nosotras defendemos la igualdad de derechos políticos y sociales del hombre y la mujer, el acceso de la mujer a todos los puestos de trabajo, de la vida política y social, porque entendemos que es mediante la elevación de la cultura de la mujer y su participación en la vida social y política del país, como se trabaja por un porvenir de paz, por el más alto nivel cultural y de libertad de las generaciones futuras. Y entendemos que las mujeres debemos tener voz y voto cuando se trata del porvenir de nuestros hijos. Que es un deber y un derecho de las mujeres contribuir a forjar y conquistar para ellos ese porvenir. Y esa gran misión de la maternidad que nos incumbe, contraria a todo movimiento de inspiración feminista [la cursiva es mía], es el poderoso acicate que inspira nuestras acciones, sin que olvidemos en ningún momento nuestra condición de mujeres”.⁵⁵

De esta forma, una cultura política femenina que había nacido de la confluencia entre el antifascismo y el feminismo acabó convirtiéndose en una cultura política alternativa al feminismo, cuando no abiertamente antifeminista: en repetidas ocasiones, de hecho, tanto la UME como la FDIM criticaron crudamente a las grandes organizaciones feministas internacionales (incluso a la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, cuya fundadora, Gabrielle Duchêne, había estado en el origen de la movilización femenina antifascista) calificándolas de organizaciones burguesas alejadas de los verdaderos problemas de las mujeres. Detrás de estas mutaciones se encuentra la evolución de los discursos de género en el contexto de la posguerra mundial y de la guerra fría, en el que muchas organizaciones femeninas adoptaron la estrategia que Geoff Eley ha denominado la “ciudadanía maternal”: la justificación de las demandas de derechos políticos y de intervención en el espacio público por parte de las mujeres en su papel social como madres.⁵⁶ Pero también se encuentra, en el caso de las antifascistas españolas, la radical mutación de las condiciones de su movilización y de su propia existencia como colectivo, al verse reducidas a desenvolverse en el exilio y a dirigirse a un colectivo reducido de mujeres, así como la subordinación cada vez mayor de las organizaciones femeninas antifascistas a estrategias políticas concebidas fuera de dichas organizaciones: la

⁵⁴ Isabel O. De Palencia, “Por qué la mujer no puede ser franquista”, *Mujeres Antifascistas Españolas*, nº 4, 15 de enero de 1947, p. 3.

⁵⁵ “Rosa Vilas informa sobre propaganda y cultura”. *Unión de Mujeres Antifascistas Españolas*, Consejo Nacional, s.l., 1947, p. 90.

⁵⁶ Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona, Crítica, 2003.

estrategia de apoyo a la Unión Soviética promovida por el Cominform o las opciones estratégicas del PCE para posicionarse como líder del antifranquismo. Por otro lado, el hecho de estar ambas cuestiones ampliamente ligadas le costaría al PCE su ilegalización en Francia en 1950, así como la de todas sus organizaciones satélites, entre las que se contaba la Unión de Mujeres Españolas: sus militantes fueron perseguidas y en algunos casos deportadas fuera de Francia, y muchas acabaron viviendo en países del Este o exiliándose a América Latina. En cierto modo se puede considerar que ese momento marca el definitivo abandono de una cultura política, la del antifascismo femenino, que ya no se adaptaba a la nueva situación geopolítica ni a las necesidades de la militancia femenina antifranquista.